

Las Semillas Del

Arbol Rojo



Mariana Pérez Villoro

Las semillas del árbol rojo

1ª edición digital: 2020

D.R. © Mariana Pérez Villoro

Ilustración: Carlos Jiménez Velado

Sitio web:

www.marianaperezvilloro.com

*A mis padres
por los cuentos de mi infancia*

ÍNDICE

Una montaña llorona	5
Desventuras del rey sapo.....	11
Coleccionistas de criaturas.....	18
La ciudad de piedra	30
Semillas del árbol rojo	38



na montaña llorona

Agria, la pequeña ogresa de piel color mandarina, vivía dentro de una gruta en un monte boscoso desde que tenía memoria, nunca había salido. Ni sus padres ya fallecidos, ni sus abuelos, ni sus bisabuelos, ni sus tatarabuelos conocieron el exterior de la cueva. Sus cráneos ancestrales eran la única compañía de Agria, pues devoraba a todos los duendes y hadas que visitaban su caverna.

Tras cenarse a un sabroso duendecillo de la cercanía, se chupó los dedos de largas uñas y se echó a dormir. Cuando la joven ogresa despertó, se dio cuenta que sobre su lomo descansaba una familia de hadas que, durante la noche, había encontrado refugio dentro de la gruta y calor sobre su cuerpo. Agria se estiró y se puso en pie, y las hadas volaron rumbo al exterior. La pequeña ogresa las siguió; comúnmente los ogros no son curiosos, pero ella era una excepción.

La luz que emanaba del cuerpo de las hadas, iluminó la cueva y fue guiando a Agria hacia la salida. La caverna era un laberinto; atravesaron recovecos que ni ella misma había recorrido antes. Al llegar a la entrada de la cueva, la joven ogresa, que estaba

acostumbrada a la oscuridad, al olor a humedad y al frío, quedó pasmada ante el paisaje frente a ella: la temperatura, los sonidos, las formas, los aromas del bosque eran insólitos. El clan de hadas se alejó, y Agría quiso seguir las pero no pudo atravesar la salida de su refugio, no cabía por el estrecho hueco. Por más que empujó y pujó, no consiguió salir. Pensó que de no haber comido tantos duendes habría podido pasar.

A partir de ese momento, se alimentó del musgo que brotaba dentro de la caverna. Le encontró el gusto a su sabor y, al darse cuenta que no era indispensable comer duendes y hadas para sobrevivir, en su mente se abrió un espacio. Pudo vislumbrar el dolor que había causado y lloró. Se propuso que la siguiente vez que entrara algún ser en sus dominios lo dejaría vivir, pero los habitantes a la redonda ya no se acercaban. Con frecuencia se sentía sola y sollozaba. Pasó el tiempo, y la pequeña ogresa llegó a pensar que aquel día en que había visto la luz del sol era el recuerdo de un sueño.

Cerca de la guarida de Agría, un viejo duende a quien le gustaba dar caminatas por la montaña, le

contó a su nieta que hacía algunos años el monte había llorado y que, desde entonces, a veces volvía a hacerlo. También, obviamente, le advirtió de los peligros que entrañaba la gruta: numerosos duendes exploradores habían fallecido en sus expediciones. La nieta, como siempre sucede en los cuentos, se conmovió con la historia y, a pesar del aviso, resolvió ir a contarle un cuento a la montaña para alegrarla.

En el camino planeó su relato, la naturaleza la inspiraba: tantas atmósferas, tantos seres... Al llegar al monte, cerca de donde se encontraba la entrada a la cueva de la joven ogresa, se sentó en una cómoda roca e inició su narración. Dentro de la caverna, Agria escuchó la voz de la duenda. Resonaba tan clara, la gruta tenía una acústica maravillosa. Aunque no veía nada en la oscuridad, la pequeña ogresa cerró sus ojos y se dejó llevar por el cuento. Semana tras semana, la duendecilla regresó a contarle historias a la montaña. Le habló de las travesuras de los duendes, de la magia de las hadas, de la sabiduría de los espíritus del bosque y de las aventuras que vivían todas sus criaturas.

En una ocasión, un hada de piel dorada y alas traslúcidas que volaba por ahí, se detuvo a escuchar. Volvió una y otra vez, y el hada y la duenda terminaron haciéndose amigas. Desde hacía tiempo el hada, que era intrépida como su madre y su abuela, había querido explorar la cueva, y así se lo propuso a la duendecilla, quien aceptó enseguida pues anhelaba contarle un cuento al monte desde el interior de su caverna. Con su luminosa piel, el hada guio a la duenda dentro del laberinto de la gruta por recónditos caminos. Parecía como si conociera el lugar; tal vez un hada del pasado, de alguna manera le dictaba el camino.

En el sitio más profundo, donde se encontraba Agria, la duendecilla empezó su relato. Para no asustarlas, la joven ogresa se mantuvo en la oscuridad, lejos del resplandor del hada. Al terminar la historia, las amigas emprendieron el camino de regreso. Cuando hubieron avanzado lo suficiente, Agria las siguió con sigilo. Sabía que venían de fuera y algo vago pero fascinante recordaba.

Al llegar a la entrada de la cueva, la duenda y el hada se despidieron y se retiraron rumbo a sus hogares. La pequeña ogresa esperó a que se alejaran. Ahora que llevaba tiempo alimentándose de musgo, cupo perfectamente por la salida de la caverna. Extasiada, se adentró en el bosque y conoció lo que, al escuchar los cuentos de la duendecilla, había imaginado. Cada cosa que Agría percibía era más extraordinaria de lo que había podido crear en sus ensoñaciones. No encontró palabras para describir lo que experimentó y evidentemente tampoco las hay para narrarlo, pero así fue como la joven ogresa salió de la oscuridad de su gruta y la montaña no lloró más.



Desventuras del rey sapo

Cedric era un rey sapo bastante feo; tenía los pies enormes y los ojos saltones y repugnantes. Vivía en un castillo repleto de espejos de todos tamaños y formas diversas: redondos, cuadrados, triangulares, planos, cóncavos, convexos, que por lo mismo proyectaban las imágenes más raras. Al monarca le gustaba caminar por los pasillos de su palacio y no porque fuera muy deportista sino porque se sentía orgulloso al ver sus ojos de sapo —que para él eran preciosos— reflejados por todas partes y de maneras tan variadas.

La residencia, además de estar decorada con espejos, tenía en su interior una gran cantidad de puertas falsas que no llevaban a un jardín, ni a una lujosa habitación, ni siquiera a un pequeño closet: cientos de puertas que no conducían a nada en absoluto. A ningún soberano de los que habitaron el castillo en otros tiempos, le había importado aquel absurdo problema arquitectónico. Todos tenían la característica de ser más distraídos de lo normal y la capacidad de heredarla generación tras generación tras generación. El hogar del jerarca era tan grande y las

puertas tan vastas, que en una ocasión a su esposa se le antojó dar una vuelta por el palacio sin su escolta y todavía no regresa. Cuando la reina desapareció, Cedric lloró como nunca:

—¡Croac, croac, croac! —gemía con su voz de sapo, tallándose los saltones ojos durante todo el día—. ¿Dónde estás, pequeña, croac? —preguntaba—. ¿Qué no ves, croac, que te extraño?

A las afueras de la fortaleza, vivían varias familias de duendes que tenían por oficio atender y divertir al monarca. Aquel fatídico día, el rey se secó las ácidas lágrimas con la barba de un duende viejo. Al monarca se le enredaron las barbas en los ojos saltones y al pobre anciano se le pudrieron las mismas. Los bufones de la corte, que no podían sacarle ni una sonrisa al amargado Cedric, decidieron organizarle un baile para que escogiera nueva esposa. Al rey le gustaban mucho dos cosas: sus ojos repugnantes y chupar caramelos y calcetines a rayas de duende —que saben a caramelo—. Y detestaba también dos cosas: las moscas rebeldes y los pies pequeños y tersos.

—¡Guácatelas, croac, llévenselas! —croaba vomitando mientras bailaba con cada una de las pretendientes, y, claro, su vomito era verde como el de un sapo.

Por desgracia, todas las doncellas que los duendes habían invitado al baile, a pesar de pertenecer a distintas razas y venir de lugares remotos, coincidían en tener los pies chicos y suaves. Al soberano le resultaron espantosas todas.

Cuando parecía que nada podía estar peor, las cosas empeoraron. Un ejército de moscas rebeldes decidió declararle la guerra a Cedric y tomó el palacio por sorpresa. Querían apoderarse de una gran dotación de caramelos que el sapo guardaba, desde pequeño, para una ocasión especial en la torre más alta del castillo.

A su graciosa majestad y a los duendes se les irritaron los oídos de escuchar tantos zumbidos y los ojos de ver tantas moscas reflejadas de tantas maneras en tantos espejos. Las moscas, que ven todo reproducido muchas veces y, ahora, además lo veían reflejado, también estuvieron a punto de enloquecer.

Cuando el reino entero y sus atacantes estaban paralizados por el hartazgo o la desesperación, una valiente duenda de nombre Kendra, enterada del asalto al castillo, se presentó ante el monarca. En su juventud había recorrido varios reinados y desafiado incontables peligros. Tenía fama de saber preparar un mortífero veneno con florecillas silvestres.

—Honorabilísimo y ojonsísimo, digo, ojerísimo, digo, supremo ojetísimo, digo, ojetón, digo, perdón, gran ojón rey de todos los grandes ojos, vengo a ofrecerle mis servicios —manifestó la duenda.

—¡Pide lo que quieras, pero aleja, croac, a estas moscas insurrectas de mis dulces!

La propuesta de Kendra era simple pero costosa: deshacerse de las moscas a cambio de la mitad de los codiciados dulces. Cedric, agobiado, aceptó el trato. La duenda preparó una terrible mezcla para asfixiar a las enemigas. Contenía, entre otras cosas, unas cuantas gotas de concentrado de remedio para la tos, una cucharada de extracto de aroma a perro mojado y una taza de esencia de bota de leñador.

Los duendes y el rey se taparon la nariz mientras Kendra rociaba su apestosa fragancia por el palacio. En lugar de ahuyentar a las invasoras, como ella esperaba, el desagradable aroma fue un delicioso condimento del gran banquete de caramelos —ahora agridulce— que se estaban dando.

Ya se había acabado la mitad de las golosinas y la mitad de los duendes estaban desmayados por la pestilencia, cuando Kendra mandó abrir las puertas falsas para que se ventilara el lugar. En un rato, el hedor y todas las moscas se habían ido de visita al mismo sitio donde la despistada reina un día desapareció.

—¿A dónde, croac, se fueron? —preguntó el rey.

—Honorabilísimo y ojerísimo, digo, ojoronsísimo, digo, perdón, ojerotísimo, digo...

—¡Ya cállate, croac! —gritó Cedric—. Y contéstame pronto lo que, croac, te pregunto sin tantos títulos de por medio.

La duenda se encogió de hombros. Ni el soberano, ni la habilidosa heroína supieron nunca a dónde habían ido las invasoras. Cedric se puso tan

contento de ganarles la guerra a las moscas, que olvidó la tristeza por la pérdida de su esposa y brincó sobre la cama real hasta cansarse. Los duendes también estaban contentos, ya no tenían que preocuparse por su rey. Kendra había triunfado. Subió a la torre más alta por su recompensa, partió del castillo y vivió comiendo caramelos pegajosos y rancios por el resto de su vida.

No había más caramelos para Cédric, es cierto, pero tampoco había moscas insurrectas ni doncellas de pies chiquitos, así es que se entusiasmó al saber que ahora tenía como único deseo chupar para siempre los pequeños calcetincillos a rayas de todos los duendes de su gran reino.



oleccionistas de criaturas

El hada estaba ahí, sentada en una hoja. Sus ojos color brasa iluminaban tenuemente la zarza donde se encontraba. Sopló sobre una flor del arbusto y con su aliento hizo brotar una zarzamora. Arturo la miraba fascinado sin que ella lo viera a él. Su piel tenía un tono color lila y su cabello morado oscuro se extendía hacia arriba atado en un gracioso chongo que parecía una fuente de jugo de uva.

El niño sacó de su mochila un bote de vidrio que llevaba consigo para atrapar insectos y, muy despacio y desde atrás, se acercó a Erea, así se llamaba el hada. Cuando estuvo lo suficientemente cerca para enfrascarla, notó en el aire un delicioso aroma a frambuesa. El hada violeta giró su cuerpo y lo observó incrédula, con los ojos encendidos como se enciende el carbón con el aire: era la primera vez que veía a un ser humano; hasta ese momento había creído que eran personajes de los cuentos.

Arturo intentó atraparla, pero ella lo esquivó con destreza y voló hacia la profunda oscuridad del bosque. El chiquillo la siguió, tenía que capturarla, nunca había visto algo igual; era demasiado extraordinaria para dejarla ir. Erea atravesó la espesura a gran velocidad. Arturo corrió, siguiendo la pequeña luz rojiza y titilante varios pasos delante de él. Tras de sí, el hada iba dejando una estela de deliciosos olores: un indicio de fresas, un rastro de moras azules, un vestigio de cerezas.

Cuando el pequeño estaba a punto de alcanzarla, algo aún más insólito sucedió: fue súbitamente levantado por los aires varias decenas de metros. No pudo entender qué sucedía hasta que estuvo frente al rostro de la gigante que lo sujetaba. Arturo tenía apenas el tamaño de uno de sus dedos. Ahora que se encontraba ante ella, más específicamente bajo sus fosas nasales, deseó con fuerza que no estornudara. Tras examinar al niño con la mirada, la gigante sonrió satisfecha, lo guardó en la bolsa del mandil y se dirigió a su cabaña. Arturo se mareó durante el viaje y no supo más de sí.

Lo despertaron unos potentes ronquidos. Se levantó, adormilado, con la intención de ir a cerrar la puerta del cuarto para que la fuerte respiración de su madre no le impidiera dormir. Al estamparse en la oscuridad de la noche contra un cristal, cayó en cuenta de que no estaba en su habitación, ni en su casa, y, por lo tanto, ¡no era su mamá quien roncaba! El resuello sonó, entonces, aterrador.

El chiquillo esperó inmóvil a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Lentamente, la silueta del ser que tenía frente a sí se iba dibujando. Sus pezuñas y cuernos de cabra se volvían cada vez más claros y perturbadores. Lo que Arturo veía le hacía agradecer estar del otro lado del vidrio y, por supuesto, extrañar a su roncadora madre. Cuando sus ojos se adecuaron a la escasez de luz, el niño se dio cuenta que junto a él, tras la pared de vidrio, dormía un fauno.

Del otro lado de Arturo, separado de igual manera por un cristal, descansaba un enano. En la penumbra, aun dormido plácidamente, era el ser más rudo que el pequeño había visto en su vida, incluyendo en su imaginación. Con horror, Arturo

comprendió que los tres, el fauno, el enano y él mismo, se encontraban atrapados cada uno dentro un frasco de vidrio, probablemente en la vivienda de la gigante. Supo, entonces, que era ella quien roncaba.

Por la soltura con la que dormían sus compañeros de envase, el niño dedujo que llevaban mucho tiempo ahí, y eso lo hizo estremecerse. Arturo no tenía la intención de quedarse a pasar la noche; su madre seguramente lo estaría buscando. Dio unos suaves golpes al cristal de su propio bote del lado que colindaba con el del enano, procurando no despertar al fauno. El enano abrió los ojos y levantó la cabeza sin moverse de su sitio.

—¿Dónde estamos? ¿Qué hacemos aquí?

—Intentamos dormir. —respondió el enano con brusquedad.

—¿Por qué estamos dentro de estos frascos?

—Somos parte de su colección.

—¿De la gigante? ¿Somos parte de la colección de la gigante? —preguntó el chiquillo, consternado, recordando el encuentro con la gigante que su mente se negaba a aceptar.

El enano asintió con la cabeza, cerró los ojos y se acomodó dándole la espalda a Arturo para volver a dormirse. El pequeño golpeó de nuevo, insistentemente, el cristal. Esta vez fue el fauno quién despertó.

—¡Deja dormir! —exigió con severidad.

Su mirada fue tan fulminante que Arturo se quedó callado, quieto y helado. Al fondo, se escuchó el crujir de una cama y se encendió una luz; en seguida, unos pasos acercándose lo hicieron temblar.

—Ya la despertaron. —dijo una nueva voz.

La nueva voz más que nueva sonaba cansada y tenía un matiz de desesperanza. Provenía del estante de arriba, pues los frascos de cristal donde estaban prisioneros se encontraban ordenados en un mueble de repisas. Era un viejo mago que también formaba parte de la colección.

La gigante entró al cuarto y se acercó al mueble. Con una veladora, fue alumbrando uno por uno los botes donde guardaba a los fantásticos seres. Tal vez quería castigar al que estaba haciendo ruido... Tomó el envase de cristal que contenía al chiquillo, se sentó

en una mecedora y entonó una estruendosa canción de cuna mientras limpiaba cuidadosamente el recipiente con la manga de su pijama. Arturo se acurrucó en el fondo y cerró los ojos.

Del otro lado del bosque, Erea, el hada, fue capturada; al parecer, era su destino. Escapó de un niño, que ya era un gigante para ella, para ser atrapada por un gigante de verdad. Esto es algo muy común en las profundidades del bosque, pues el pasatiempo predilecto de los gigantes es coleccionar hadas. El captor poseía una que olía a flores, otra que despedía un aroma a lluvia, una más que emanaba un perfume de clorofila y ahora ésta, su nueva adquisición. La llevó a su cabaña y la colocó en la misma cajita donde atesoraba a las demás.

—¿Estás bien? —preguntó al hada violeta la que olía a lluvia de verano.

—¿Cómo hacemos para escapar?

—¿Escapar? Él nos alimenta con espuma de avellanas, nos trae las más brillantes gemas de la caverna de los duendes y nos cubre de olorosas flores

del bosque. —explicó sonriente el hada más joven de las tres prisioneras.

—Pero si tú ya hueles a flores. —argumentó Erea.

—¡No me había dado cuenta! —confesó, al tiempo que olfateaba las palmas sus manos.

—¿Cómo vamos a escapar? —insistió el hada violeta.

La que despedía el aroma a clorofila, la más vieja de todas, sonrió desde donde estaba sentada. Sus blancos dientes brillaron en la penumbra de la caja. Con voz melodiosa, sólo dijo:

—Paciencia.

Una atmósfera primaveral invadió el ambiente, y las hadas se quedaron dormidas. Soñaron con el sabor del polen y el rocío de la mañana, con los colores de los pájaros y la frescura del viento, con las raíces de los viejos árboles y la aspereza de sus semillas, con las libélulas y las formas de las nubes al atardecer.

Mientras tanto, en la cabaña de la giganta, un resplandor en el corazón del viejo hechicero volvía a brillar. En sus sueños, el anciano se vio dentro de un

laberinto natural en el que seguía unas huellas en la tierra. El mago, sabiéndose dormido, tomó control del sueño como hacen los magos e, inyectando energía a sus débiles piernas, corrió siguiendo el rastro. Comenzó a llover, y las pisadas cada vez eran más difusas pero el viejo no se detuvo.

Cuando las huellas se borraron por completo, se dio cuenta de que ya no estaba siguiendo a nadie; ahora tenía la impresión de que alguien lo seguía a él. Se detuvo y miró hacia atrás. Entonces, su propio sueño lo asombró: detrás de él, bajo la lluvia, había un niño. Lo había estado siguiendo a él. El pequeño lo miró, y el hechicero vio sus propios ojos en los del chiquillo y supo que se tenía a sí mismo. El infante extendió su mano, y el anciano le entregó una esfera resplandeciente.

—Es nuestra alianza. —dijo el viejo.

—Es nuestra libertad. —agregó el niño.

El mago despertó. A través de su piel, en el área del pecho, brillaba la esfera incandescente. Juntó sus dos palmas y, con la fuerza de su voluntad, hizo saltar la tapa de su frasco. Con sigilo, salió de la cabaña de

la gigante. Al adentrarse en el bosque, siguió un sendero que conducía a una descuidada choza, tan grande que el hechicero pudo entrar por la ranura bajo la puerta sin tener que agacharse. En su lecho, el gigante roncaba como un inmenso oso. El anciano trepó hasta su enorme oreja y le susurró:

—Dirígete al otro lado del bosque.

El gigante despertó al amanecer, tomó la caja que contenía a las hadas y salió de la cabaña. Un impulso, misterioso para él, lo hizo encaminarse al lugar donde apenas se asomaba el sol en el horizonte. Ese mismo día cruzó el bosque. La luna, sobre su cabeza, iluminaba un vasto llano. Divisó una cabaña y se sorprendió al ver que la vivienda era del mismo tamaño que la suya.

Al llegar, se asomó por una de las ventanas y observó lo más bello que había visto hasta entonces: sobre la cama, acurrucada y roncando, dormía la gigante. Lo reconfortó darse cuenta que no era el único de su especie; había estado solo desde que tenía memoria. Se sintió tan pleno ante la presencia de ella, que decidió obsequiarle su más preciado tesoro.

Colocó la pequeña caja donde retenía al grupo de hadas frente a la puerta y se acomodó detrás de la choza para dormir un poco.

A la mañana siguiente, la gigante se dio cuenta de que su colección estaba incompleta, faltaba el viejo mago. Cuando se cansó de quejarse, salió a tomar aire fresco. Al abrir la puerta, encontró la cajita que le había sido obsequiada y levantó la diminuta tapa. Dentro, las hadas desfallecían de hambre. Entusiasmada por incluir a esos delicados seres en su colección, la gigante entró a su casa y les preparó un panqué que habrían podido confundir con una montaña y un chocolate tan vasto como un lago.

Estaba cerrando la tapa del frasco que había contenido al viejo mago y donde ahora se encontraban las hadas, cuando golpearon a su puerta. Abrió, y el gigante la miró con esos ojos que ponen los gigantes cuando se enamoran, esos ojos enormes que, enmarcados por sus rasgos duros, brillan aún más dulces. En el corazón de ella, un vacío se hizo evidente y, en seguida, una calidez que lo iba llenando hasta colmarlo.

A los pocos días del encuentro, la pareja de gigantes llegó a la conclusión de que ya no era necesario coleccionar seres del bosque para sentirse acompañados, ahora se tenían el uno al otro; así fue que decidieron liberarlos. Al dejar salir al niño de su frasco, la giganta sonrió y Arturo pudo ver que, aunque le faltaba un diente, lucía radiante. El fauno se alejó echando pestes, el enano se fue trotando vigorosamente y las tres hadas que ya se conocían de hacía tiempo volaron dejando tras de sí su característica estela. El hada violeta permaneció junto al pequeño.

—Somos libres. —dijo Erea con sus ojos de brasa encendidos, dispuesta a guiarlo de regreso a la zarza donde se conocieron.

—Y somos aliados. —agregó Arturo, notando una tibieza en su pecho.



a ciudad de piedra

Sucedió una mañana mientras Leonora jugaba en la bañera. Cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde. Para hacer espuma, había vertido en el agua una gran cantidad del champú color rojo con el que usualmente se lavaba el cabello. Empezó a sentirse extraña y, en seguida, quitó el tapón de la tina para que el agua espumosa se fuera, pero ya no pudo evitarlo: su cuerpo se encogía rápidamente. El pato amarillo con que había estado jugando, también se redujo pero menos que ella, tal vez por ser de hule. Se subió al pato y se aferró a su cuello al tiempo que un remolino de agua los arrastraba al desagüe de la bañera. El pato graznó para advertirle que se sujetara con fuerza.

La niña cerró los ojos y, cuando el movimiento paró, los abrió de nuevo. El pato y ella montada encima, flotaban bajo el agua a las afueras de una amurallada ciudad submarina a la que había desembocado el drenaje. Por fortuna, en el momento de ser absorbidos rumbo al fondo, Leonora atravesó una burbuja que se le quedó pegada al cuello, cubriéndole la cabeza como si fuera un casco transparente, y eso le permitió seguir respirando bajo

el agua. La pequeña agradeció no haber muerto ahogada y, también, haberse encogido durante una sesión de juegos en la tina y no mientras se aseaba, pues llevaba puesto su traje de baño y no llegaba encuerada a la urbe submarina.

Con Leonora sobre su lomo, el pato nadó hacia la entrada principal de la ciudad. Custodiando el acceso, se encontraba un extraño guerrero: un cangrejo gris con el caparazón, las patas y las tenazas de una textura rugosa como la de algunas rocas.

—No está permitida la entrada. Solamente la poderosa hechicera que augura la profecía puede pasar. —advirtió el guardián de la muralla, levantando sus tenazas y dando dos pasos hacia un lado y dos pasos hacia el otro.

—Yo soy esa hechicera. —contestó la chiquilla; algo en su interior le indicaba que tenía que entrar a la ciudad.

—¿Puedes probarlo? —preguntó el cangrejo de piedra.

—¿Quién sino una poderosa hechicera iría en esta asombrosa montura? —dijo con seguridad sobre su pato de hule amarillo.

—Es cierto —el guerrero los miró, pensativo, con sus ojitos saltones—. Puede usted pasar. Bienvenida sea, venerable maga.

El guardián de la ciudad abrió la puerta, dio dos pasos hacia un lado y dos pasos hacia el otro como era su costumbre y terminó muy serio en el mismo lugar sin darse cuenta, por despistado, de que aún bloqueaba la entrada. Leonora y el pato voltearon a verse y no pudieron evitar reír.

—Perdón, perdón. No me di cuenta. Creo que perdí la costumbre de permitir el paso; hacía tiempo que nadie nos visitaba. —se disculpó el cangrejo y se hizo a un lado.

La niña condujo a su pato hacia el centro del poblado acuático donde se levantaba un magnífico castillo de piedra compuesto por varias torres de distintos tamaños. Una pez globo de piel áspera y grisácea, que servía al monarca, los recibió a la entrada del palacio. Dentro todo era de roca gris: el

piso, las alfombras, el techo, las paredes, los cuadros, las ventanas, las cortinas, los muebles, los adornos y los numerosos miembros de la corte.

—Una terrible maldición cayó sobre nosotros. Gradualmente, la ciudad y todos los habitantes nos hemos ido convirtiendo en piedra. —explicó la pez, sacando burbujas por la boca.

El pato graznó con fuerza en señal de protesta ante la horrible suerte de aquellos pobladores. La pez, que no se lo esperaba, asustada, se infló como un globo, haciéndole honor a su nombre. Ya que se hubo recuperado y desinflado, moviendo rápidamente sus pequeñas aletas, los condujo a través de un pasillo rumbo a la habitación del rey, quien llevaba largo tiempo esperando a la hechicera.

Al entrar en los aposentos del soberano, Leonora bajó de su montura y nadó hasta a la cama real donde descansaba el frágil ser de roca que gobernaba la ciudad. El monarca era un viejo y bigotón pez gato que apenas podía moverse y hablar, pues la boca también se le iba volviendo de piedra conforme pasaban los días. Se esforzó tanto por comunicarse

con la que para él era la salvadora de su pueblo, que un pedazo de roca se desprendió de su cara y quedó a la vista su piel lisa y brillante. En ese momento, la pequeña comprendió lo que pasaba y supo cómo ayudarlos.

—Pronto todo volverá a la normalidad. Confíe en mí. —dijo con determinación al rey pez gato, quien se acariciaba los largos bigotes.

—Haga lo que sea necesario, honorable maga. —respondió con solemnidad, sin darse cuenta que sus bigotes habían tomado una graciosa forma espiral.

—Debo irme cuanto antes, su majestad. —agregó y se despidió del soberano y de sus súbditos.

Montó en su pato de hule amarillo, y salieron nadando del palacio. Abandonaron la ciudad tan aprisa como les fue posible y subieron a través del drenaje rumbo a la bañera. Al emerger por el agujero de la tina ya sin agua, la burbuja que le había servido a Leonora de casco submarino se reventó.

—¿Ves el envase de champú color verde que está al borde de la bañera? Necesitamos llegar hasta

él. —explicó a su amigo alado, y el pato, con ella en su lomo, voló en esa dirección.

Al aterrizar junto a la botella que contenía el tratamiento natural para hacer crecer el cabello que solía aplicarse su mamá, la chiquilla desmontó del pato y apretó el enorme envase con todas sus fuerzas. A través de la tapa abierta, un poco del líquido color romero escurrió hasta caer sobre su cabeza y cubrir todo su cuerpo. Untó al pato con el mismo champú. El fresco olor invadió el ambiente, y crecieron hasta volver a ser de su tamaño original.

—Gracias, fiel compañero. No habría podido hacerlo sin tu ayuda. —reconoció Leonora su aliado, que ahora le cabía en la palma de la mano, e hizo una reverencia.

El pato graznó, dando a entender que había sido un honor, y se despidieron. La niña tomó la botella de champú color rojo y salió de la bañera. Recorrió su casa reuniendo los productos de aseo personal y de limpieza del hogar que contenían químicos dañinos y, junto con el champú color rojo, los guardó en una caja

para evitar que volvieran a ser usados. Ya hablaría del asunto con su madre.

A los pocos días, trozos de roca comenzaron a desprenderse del cuerpo del guerrero cangrejo y su piel volvió a ser naranja y reluciente como había sido antes. La pez globo recuperó su color amarillo, el rey pez gato recobró su piel moteada y toda la corte de peces, caballos de mar, medusas, crustáceos, moluscos y estrellas marinas fue de nuevo multicolor.

El recubrimiento de piedra gris en los objetos y en las construcciones de la ciudad, también fue cayéndose hasta quedar en evidencia que la ciudad no era de piedra sino de coral blanco, que la capa gris que recubría todo no era de roca sino de residuos contaminantes y que la maldición no era una maldición: la ciudad submarina se había ido ensuciando con la inmensa cantidad de sustancias nocivas que bajaban diariamente por las tuberías de la casa de Leonora. A partir de entonces, la poderosa hechicera decidió no volver a bañarse nunca más... no volver a bañarse nunca más con semejantes productos.



emillas del árbol rojo

Fuera de la cabaña, junto a la leña, había un pequeño objeto que de inmediato captó su atención. Óscar se acercó a recogerlo. Era un puntiagudo zapato del tamaño de la uña de su dedo meñique, hecho de madera rojiza, con algunos raspones provocados por el uso. Cerca del zapatito, había diminutas huellas sobre la nieve. El rastro se perdía adentrándose en el bosque; no sabía cuánto tiempo iba a durar, así que decidió ir en seguida a regresar el zapato a su minúsculo dueño y lo guardó en la bolsa de su chamarra.

Aunque el niño había vivido en el bosque desde su nacimiento, a sus diez años de edad todavía no había visto a un duende. A veces intentaba atraerlos colocando deliciosas galletas con chispas de chocolate fuera de su casa al anochecer, pero sus señuelos desaparecían cuando se quedaba dormido. También había emprendido búsquedas en la naturaleza: ubicaba

algunos bombones en puntos estratégicos y se sentaba a vigilar el área, pero los duendes no se dejaban ver.

Hubo un momento en que ya no fue posible seguir las huellas en la nieve, y se detuvo. Las pequeñas pisadas lo habían conducido a un lugar del bosque en el que nunca había estado, a pesar de que conocía los alrededores de la cabaña bastante bien. Los tréboles nevados eran del tamaño de sus manos, los arbustos exhibían hojas de color dorado bajo la escarcha y se escuchaban los trinos de pájaros de especies desconocidas para él.

Empezaba a oscurecer. Se dio cuenta de que no sabía por cuánto tiempo había seguido las huellas del duende. El pensamiento de que sus papás estarían esperando a que volviera con la leña cruzó su mente. En eso, escuchó un silbido suave cerca de él. Sobre un tronco se encontraba un gran escarabajo color verde metálico. El insecto volvió a chiflar, y Óscar se acercó. El coleóptero voló, y el pequeño, cautivado, lo siguió corriendo.

Al cabo de un rato, el escarabajo se posó sobre la corteza de un longevo árbol de hojas rojas. Óscar

estaba agotado, y, cuando se sentó a recuperar el aliento, el animal se alejó volando. Entonces, el chiquillo se acordó del zapatito; con preocupación, lo buscó en la bolsa de su chamarra. Temía haberlo perdido mientras corría. El zapato seguía ahí, pero no era el mismo. Había crecido: ahora era del tamaño de uno de sus propios botines.

Notó que el árbol en el que estaba recargado era el más anciano que había conocido hasta entonces, era inmenso y majestuoso. Podía escucharlo vibrar, parecía como si palpitará. En el tronco se encontraban unos orificios que conducían al interior, y la curiosidad lo hizo entrar. Estaba oscuro, húmedo y silencioso. Óscar no tenía miedo, se sentía completo y feliz.

Escuchó un aleteo a lo lejos y, través de uno de los agujeros, divisó una luz verde que se fue acercando. Era una luciérnaga gigante, del mismo tamaño que él. El insecto entró al árbol y comenzó a cambiar hasta transformarse en una duendecilla de piel color verde brillante. Llevaba en su mano un fruto inusual.

—Sé que tienes mi zapato —dijo—. Me lo contó el duende que guio hasta aquí.

El niño comprendió que se refería al escarabajo que había seguido. Sacó el zapato de su chamarra y se lo entregó a la duendecilla.

—¿Me convertí en duende? —preguntó, sorprendido, al descubrir el tono verde de su mano.

—Cuando estás en armonía con el espíritu del bosque, puedes ser un árbol, un río, una piedra. Puedes ser cualquiera de sus criaturas, incluso un duende.

—¿Todos los insectos son duendes?

—Así es como nos ven los humanos. Su relación con el espíritu es cada vez más débil. Los árboles viejos, como éste, ayudan a recuperarla. —continuó la duenda y extendió su mano con el extraño fruto.

—¿Es para mí? —Óscar recibió en sus manos la fruta de cáscara lisa y fresca.

—Para ti y para los tuyos. Gracias por traerme mi zapato —sonrió—. Cuando termines de comerte el fruto del árbol rojo, regresa a tu hogar. No plantes sus semillas en la tierra, hay que plantarlas dentro de los

humanos. —agregó y, sin más, volvió a convertirse en luciérnaga y emprendió el vuelo.

El pequeño probó la fruta. El olor que desprendía y su sabor eran tan diferentes a todo lo acostumbrado, que olvidó dónde estaba y quién era. Al salir del árbol, extendió sus alas de escarabajo. Voló hasta divisar el área donde su padre solía talar árboles. Descendió y, con tan sólo desearlo, volvió a convertirse en niño.

Corrió de regreso a su casa, inquieto, pues sus padres probablemente estarían preocupados por él. Al llegar, cayó en la cuenta de que aún no había oscurecido por completo. Revisó la bolsa de su chamarra: ahora llevaba consigo las semillas mágicas. Recogió la leña y entró a la cabaña. Su madre estaba sirviendo la cena. Su padre apenas lo volteó a ver. Parecía como si para ellos no hubiera pasado mucho tiempo, ni siquiera el suficiente para que se preguntaran por su ausencia.

En la noche, mientras dormían, Óscar colocó una de las suaves semillas en la boca entreabierta de su mamá y otra en la de su papá. Al disolverse, poco a

poco, las expresiones en los rostros apesadumbrados de sus padres fueron cambiando, como si comenzaran a soñar algo muy dichoso.